

Revuélvense por una y otra parte,
Arando con sus pies la tierra dura,
Y válense tal vez de fuerza pura,
Tal vez de su destreza, maña y arte;
La firme trabazón del baluarte
Se siente á sus vaivenes mal segura,
Y toda en torno tanto se estremece,
Que por algunas partes desfallece.

No hay quien á despartillos parte sea,
El uno porque á tanto no se atreve,
Y el otro porque haciendo lo que debe
Acude en su lugar á la pelea;
Demás de que por toda la trinchea
Tan á menudo flecha y bala llueve
Por nubes de materia salitrada,
Que fuera desto apenas se ve nada.

Por donde sin saber de qué manera,
Andando cuál encima y cuál debajo,
El bárbaro de un salto vino abajo
Dejando al español y á la barrera;
Y no cayó á la parte de hacia fuera
Para que se librara del trabajo,
Sino en la plaza, en medio de enemigos
Que de su gran valor fuesen testigos.

Arrójase tras él de la muralla
El presto don Felipe de Hurtado,
Ganoso de acabar lo comenzado
Y de ganar al indio la batalla;
Mas él que en tales términos se halla,
Bramando más que el toro agarrochado,
Espumajoso y fiero en el semblante,
Embiste cuanta gente ve delante.

Quita por fuerza á un indio la macana,
Y á la primera vez que la voltea
Hace subir más gente á la trinchea

De la que se le queda en tierra llana:
En esto la batida barbacana,
Vuelta de cana en roja, bermejea,
Y á más andar por una y otra parte
Aviva la batalla el fiero Marte.

Ya llueve el indio flechas en la plaza;
Graniza sobre el fuerte piedra dura;
Ya dellas la formada nube oscura
Al claro cielo encubre y embaraza;
Ya el dardo arrojadizo desembraza,
Rompiendo la región sutil y pura;
Ya calla el mar furioso y bravas ondas
Al estallido espeso de las hondas.

Ya el español, á fuerza de tronidos,
Hace temblar el monte y la trinchea;
Ya el seco polvorín relampaguea,
Ya se disparan rayos encendidos;
Ya el cielo y aire están escurecidos;
Ya no hay debajo dellos qué se vea,
Si no se ve, que es vista dura y fuerte,
La temerosa imagen de la muerte.

Cual suele cuando el crudo invierno acaba
Venir la tempestad impetuosa,
Envuelta en gruesa lluvia pedregosa,
Con desigual horror y furia brava;
La cual al cielo, que antes raso estaba,
Viste de negra nube procelosa,
Que despidiendo lanzas á la tierra,
Maltrata el prado, monte, valle y sierra;

Cuando se ven el mar, el aire, el cielo,
Armados del rigor que están lanzando,
Y la rasgada nube retronando
Escupe fuego vivo contra el suelo;
El pájaro en su nido eriza el pelo,
Y todo se acorruca tiritando;

Debajo de sus madres los cabritos
Están temblando mudos y marchitos;

Ó como suelen dos discordes vientos
Iguales en las fuerzas encontrarse,
Y en una opaca selva contrastarse
Con encontrados soplos turbulentos,
Haciendo que á sus ímpetus violentos,
Unos con otros vengan á trabarse
Los árboles del bosque entretrejido,
Formando fragosísimo rüido:

Así las huestes bárbara y cristiana,
Dado que desiguales tanto sean,
Es tanta la igualdad con que pelean
Que aun no se pierde tanto ni se gana;
Aunque con mano todos inhumana
Así los duros golpes menudean,
Que van atropellando los postreros,
Por priesa que se dan, á los primeros.

En medio del estruendo y batería,
Enhiesto sobre el muro, entre su gente
Parece aquel magnánimo y valiente,
Aquel insigne joven don García;
Cual suele parecer al mediodía
Á vueltas de agua un sol resplandeciente,
Ó como cuando el cielo está nublado
Se ve por él un arco atravesado.

Su cuerpo bel armaba por de fuera
Un blanco y limpio arnés de temple fino,
Y por de dentro al alma un diamantino
Que al ímpetu de un monte resistiera;
Brotaba por su rostro y la cimera
Más luz que el sol en medio su camino,
Bastante á que mirándole de frente
Se deslumbrase el bárbaro insolente.

El vello de oro puro le apuntaba
Con suma perfección y gracia puesto,
Y el aguileño, rojo y blanco gesto
Envuelto en fina púrpura mostraba;
Ninguno de los suyos le miraba
Por mínimo que fuera, que con esto
No concibiese un ánimo terrible
Para poner el pecho á lo imposible.

Al fuerte corazón el fuerte escudo
Como á seguro arrimo está arrimado,
Y á la derecha mano encomendado
El blanco, ya bermejo, filo agudo;
Que por su cuerpo el bárbaro desnudo
Á su pesar mil veces paso ha dado,
Haciendo de la clara sangre nueva,
Á costa de la suya, clara prueba.

Solícito por todas partes anda,
En todo se interpone, á todo atiende,
Y aunque en furor colérico se enciende,
Con gran reportación ordena y manda;
Á quien la mano muestra floja y blanda,
Con apretar la suya reprehende,
Y en el que con mayor esfuerzo lidia
Engendra generosa y justa envidia.

Con soberano estilo y modo grave
Anima á su escuadrón en tal estrecho,
Y sobre el alto dicho pone el hecho,
Cosa que en un sujeto apenas cabe;
Y menos cabe en mí que los alabe
Faltándome la voz, el canto, el pecho,
Si no me presta el cielo para tanto
Voz nueva, pecho nuevo y nuevo canto.